

SINTESIS DEL LIBRO TERCERO DE "LA ILIADA".

En el Libro Tercero, canta Homero el encuentro de los ejércitos de aquivos y troyanos. Y desde aquí traza la diferencia de caracteres de los hombres de ambos bandos, pues mientras los troyanos marchan a la batalla

“...con ruidosa
algazara y confusa vocería
cual chilladoras aves”;

Los aqueos:

“...en silencio
iban; pero resueltos a ayudarse
el uno al otro en la común pelea”.

Dice Homero en seguida que se extendía sobre los campos la niebla “odiada del pastor, y cómoda al ladrón más que la noche” y, para dar una idea de la molestia que causaba a los combatientes, expresa que ella impedía ver a “más distancia que la que podía alcanzar una gran piedra lanzada con la mano”.

Canta luego con lenguaje magnífico la hermosura de Paris y lo magnificante de su equipo, cuando sale a desafiar a los aquivos más valientes a singular combate, desafío que es aceptado de inmediato por Menelao que esperaba largo tiempo esa oportunidad de medirse personalmente con el robador de su esposa y que por lo tanto tenía las mismas ansias del “león hambriento a venado o cabra”. Paris, al ver a su rival tan decidido, procedió

“...a la manera
que al ver un caminante, en la espesura
del bosque umbrío verdinegra sierpe,
atrás salta medroso, se retira,
tiemblan todos sus miembros, tuerece
el rostro y de mortal amarillez se cubren
sus mejillas”.

Héctor, hermano de Paris, le increpa su comportamiento por la ofensa que significa al honor de su padre Príamo, de su ciudad

que siempre se distinguió por sus valerosos hijos, y por el desprecio que significa a la hidalguía y proceder correcto de sus enemigos. Paris, para disculparse, reconoce su falta y dice a su hermano que está dispuesto a medirse con Menelao en combate personal siempre que, después del encuentro, ambos bandos hagan la paz y den por concluida la querrela.

Héctor hace la proposición a los aquivos e incluye como premio al vencedor la posesión definitiva de Elena y de los tesoros del vencido.

Menelao acepta de inmediato el desafío y manifiesta su decisión en estos versos:

“...De nosotros
aquel a quien la parca ha destinado
a morir, muera; y los que vivos queden
hagan luego la paz”.

Viene luego la descripción de los preparativos del encuentro; el aviso a los personajes más importantes de ambos bandos, que visten sus mejores galas en homenaje a los dos campeones y, como parte culminante del prolegómeno de la batalla, la llegada de Elena, la esposa de Menelao, que llorosa se duele de haber:

“...abandonado
el tálamo nupcial y mi familia
y mi niña de pecho y numerosas
dulces amigas de mi edad primera”.

De estas lamentaciones la reconforta Priamo, Rey de Troya y padre de Paris quien reconoce su inocencia y la culpabilidad y felonía de su hijo, en tanto que en el lado aqueo, Ulises y Agamenón ofrecen un sacrificio a los dioses, el que termina con la plegaria del Atrida que condena, de antemano, al que faltare a las reglas del combate, con la estrofa que dice:

Del que primero
la fe violando, la batalla empiece,
los sesos y también los de sus hijos,
sean sobre la tierra derramados
como ahora este vino, y en ajenos
brazos se vean sus esposas caras”.

Cuando Héctor y Ulises han terminado de medir el campo y van a jugar en un casco quien será de los dos rivales el que lance la primera pica, Príamo se marcha a su palacio, pues, pese a recono-

cer el mal comportamiento de su hijo, le es imposible soportar la emoción del combate en el que sabe que el valor y experiencia de Menelao lo convierten de antemano en el indicado vencedor.

Paris es favorecido por la suerte para iniciar la lucha y después de vestirse con su armadura más lujosa, lanza la primera pica que se rompe en el plano escudo de Menelao sin herirlo, por su suma destreza en la defensa. En cambio la primera pica de Menelao atraviesa el escudo de Paris y se clava en su brazo izquierdo por el intersticio de la armadura. De inmediato Menelao lo ataca con su espada y en la lucha cuerpo a cuerpo logra cogerlo de la cimera del casco y arrastrarlo, pero cuando Paris está a punto de perecer asfixiado por la presión de la correa del casco en su garganta, Venus, diosa de quien es favorito el hermoso príncipe troyano, corta la correa y lo lleva, en medio de una nube gris que invade bruscamente el escenario de la lucha e impide ver lo que ocurre, a un lugar lejano a donde lleva después también a Elena.

Elena lo apostrofa por su falta de valor, por haber acarreado el deshonor a su padre y a su ciudad y por ser la causa de la guerra que ha puesto frente a frente a los hombres más valerosos de Grecia y Troya. Paris le dice que él no es responsable de ser el favorito de los dioses, le habla de su amor apasionado y logra doblegar la cólera de Elena, en tanto que los aqueos lo buscan en las filas de las legiones troyanas, aun cuando en ellas nadie es capaz de esconderlo, por cuanto su carácter falso y su escaso valor al par que su espíritu fanfarrón le han granjeado general antipatía.

Al no encontrarlo, se convencen los jefes griegos de que debe haber huído y el Libro Tercero concluye con las frases finales pronunciadas por el Atrida Agamenón:

“Eseuchadme Teucros y Dardanios
y demás auxiliares: la victoria quedó,
como lo veis por Menelao.
Volvednos pues a Elena y sus tesoro
y un tributo pagad que justo sea
y continúe hasta la edad futura”.

Críticas: Escojí este libro tercero de La Iliada, porque es uno de los cantos en que se puede apreciar mejor los complejos elementos que intervienen en las composiciones de Homero. Tanto los hechos en sí, como sucesos reales como aquellos que pertenecen sólo al terreno de la mitología. Hay tal propiedad y vigor en el lenguaje, en las metáforas y en las comparaciones empleadas, que se

siente al leerla la cólera de Héctor; se ve el temor de Paris, así como nos da la impresión exacta del color y la emoción que rodean al combate de los dos protagonistas de este canto.

Es también altamente humano Homero en las partes en que relata el llanto y las lamentaciones de Elena y el dolor del viejo rey Príamo que se duele del comportamiento de su hijo y de su futura muerte.

Es indudable que las obras de Homero tenían su base en las leyendas mitológicas y una prueba la tenemos en la parte en que relata la salvación de Paris por manos de Venus. Este hecho pertenece al dominio de lo puramente imaginativo y no es probable que Homero que también sabe evocar el paisaje (el trozo en que la bruma cubre la escena de la marcha del ejército) y relatar los sentimientos de sus personajes y que dá en todo el poema una impresión exacta de realidad, incluyera por propia iniciativa esta parte fantástica.

Por lo demás, lo que resalta, en todo momento, es el poder emotivo de la obra; la épica desbordante en todos sus pasajes; el lenguaje que pese a su sonoridad en ningún momento es ampuloso ni exorbitante.

Hay en cambio un interés permanente y los héroes jamás están descritos sólo en sus caracteres buenos; también se relatan sus cóleras y sus pasiones, de modo que, a pesar de su comportamiento, a veces fantástico, siempre se puede lograr una identificación humana, que los convierte en modelos inimitables y crea en torno suyo una aureola permanente de simpatía.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

LUIS AUGUSTO PAREDES S.